

Bernardo Sánchez



## Sombras Saavedra

Ediciones del imán

### SOMBRAS SAAVEDRA

**Autor: Bernardo Sánchez.**

Madrid, Ediciones del imán, 2000 (263 páginas).

"Con esto se fue el bachiller; y don Quijote preguntó a Sancho que qué le había movido a llamarle el Caballero de la Triste Figura, más entonces que nunca.

–Yo se lo diré –respondió Sancho–: porque le he estado mirando un rato a la luz de aquella hacha que lleva aquel malandante, y verdaderamente tiene vuestra merced la más mala figura, de poco acá, que jamás he visto..." [I, 19].

¿Intuía Sancho aquí el claroscuro origen de su señor y de sí mismo? No es imposible que estuviera, sin saberlo, hablando de su alumbramiento en los oscuros rincones no ya sólo de un cerebro, sino en los de una prisión bien real... mas con insospechadas mudanzas entre el baño de los cautivos y aquellos salones regios que revelarían a don Miguel de Cervantes el misterio de las sombras en movimiento, el cariño al mundo de la imagen y, en fin, toda la emoción latente o presente en la

única luz que irradia una pantalla apenas la sala queda a oscuras.

Imaginando esta insólita vocación cineasta en nuestro clásico, Bernardo Sánchez abre *Sombras Saavedra*, versátil colección de relatos en la que el cine (o lo cinematográfico) y los libros (o lo libresco) son los protagonistas, ya que no absolutos, sí indiscutibles. Toda la primera parte del volumen tiene como punto de referencia el mundo del séptimo arte: desde la visión inocente, abierta a la sorpresa y sublimadora de los detalles más aparentemente nimios ("La máquina de general"), hasta la visión desencantada del adulto que se da –gracias a una proyección– una prórroga no sé si aliviadora o inquietante ("Continuará"); desde la época en que florecían modestamente los cines de barrio (películas muy antiguas, cuando las más próximas y admiradas eran las grandiosas producciones a lo Bronston), hasta el frenético relumbrón actual de los bloques de multicines. Y, como acento general de todo este apartado de "Fantasmagorías" (término que nos hace recordar al pionero francés de la animación, Émile Cohl), lo que tal vez queda más vivamente relatado en "Muchos romanos y unos pocos cartagineses": la súbita, alegre irrupción de la fantasía y lo inesperado –y a todo color de ser posible– dentro de una cotidianidad gris e inmóvil como la de ciertas fotografías de hace tanto.

El cuento que da título al libro merece párrafo aparte (en esta reseña, que en un espacio menos rígido valdría cada uno varias páginas). El artificio del villano, criado de Cervantes, que presta declaración judicial, permite al autor demostrar un virtuosismo ejemplar y una documentación profunda (y muy bien digerida) de la lengua de nuestro Siglo de Oro. Con la mayor naturalidad y buen ingenio, además, el relato anticipa en casi trescientos años el mundo de la narración fílmica, de los efectos especiales, de la interactividad. Las andanzas de Cervantes en Argel, y luego en España con su troupe, van ensartando un sinnúmero de anécdotas que acabarán cristalizando en personajes y argumentos para esas sombras ya esfumadas, y luego para las novelas y comedias que sí han llegado hasta nosotros. Sin caer, para alivio del que esto firma, en la chillona trivialización de capitanes Alatristes y Shakespeares enamorados. Otras veces, es la fantasía la que irrumpe sin explicación –como debe ser en la realidad, materializada en "Sombras Saavedra" en la presencia inquietante y dañina –más aún para el artista– del Sombrón, cuya verdadera identidad tal vez no sea otra que la de "aquel que todos saben / por los siglos de los siglos", que escribiera en su Pechicidio otro amigo de la farsa, Lauro Olmo.

Se impone una "Vuelta de hoja" después de la visión de la gran pantalla del mundo, en la que se dé mayor cabida al humor en la vida cotidiana (lejos incluso del cine), si bien muy a menudo la fruslería humorística o absurda con que empiezan planteándose varias de estas historias se acaba desmesurando hasta proporciones visceralmente humanas ("De palabra y obra"), culturalmente planetarias ("Librerías cuarto y mitad") o terroríficamente cíclicas ("El extraño caso de la Biblioteca del primo de Max"). Incluso, pensándolo despacio, la poco espectacular peculiaridad de "Mi abuelo, el de Astrín" es mucho más inquietante

que la de aquellos otros aldeanos gallegos, griegos o bretones que oyen crecer la hierba, tocan la guitarra con un pie o bien caminan con las orejas. La fascinación humana ante otro universo desasosegante, el del espejo (mentaría aquí a Borges, a Carroll o a aquellas lunas que, en su agonía, devoraron a la Infanta doña Ifigenia), es narrada en el deslumbrante salón de "Malhadada" con profundidad –pese a esa limitación de dimensiones que, por grandes que sean, ocasionan los espejos– y con la debida gracia de los cuentos de hadas.

Pero nuevamente abre esta segunda parte la pieza más trabajada, "El libro de espaldas", con su explícito homenaje a Gregorio Olías y a esa fantasía inagotable que es más creadora, con frecuencia, que la propia voluntad. La labor invisible y tenaz de Lucio Gavaldón, glosador de obras ajenas en contraportadas –se nos brinda una selección de trece, anotadas rigurosamente– halla el secreto triunfo de imponer solapadamente su criterio, en mejorar e incluso superar, en su breve espacio, el libro que respalda. Y abre a la expectativa del lector (y, esperemos, del propio autor) de *Sombras Saavedra* los inagotables renuevos del árbol de las historias, que perennemente ofrece nuevas búsquedas y hallazgos.

[Pero, ¿tiene este libro algún defecto? Yo sólo sé decirles uno: la palabra "baldón" se usa incorrectamente en un par de ocasiones. Descúbranlas].

**Manuel Prendes Guardiola**